

Ser maestro hoy ¿un reto no asumido?

Being a Teacher Today, a Not-Assumed Challenge?

Pablo Campos-Macías

Facultad de Medicina de la Universidad de Guanajuato,
León, Gto.

Una cosa es saber y otra saber enseñar

MARCO TULLIO CICERÓN

¿Cuántos profesores he tenido durante mi formación médica?, seguramente muchos, algunos verdaderos científicos dedicados a cultivar la ciencia pura y deseosos de avanzar en algo el conocimiento, otros, conocedores de los últimos avances en el área de la medicina, ambos, la mayor parte de las veces con gran capacidad didáctica para impartir sus cátedras.

Pero hoy, cuando ya pasados los años y sin el ímpetu del estudiante que se impresiona con el profesor que dicta una extraordinaria conferencia mencionando los últimos avances en la etiopatogenia y tratamiento de alguna enfermedad, me pregunto ¿cuántos maestros he tenido durante mi formación médica? Me veo obligado a hacer un alto en el camino para reflexionar cuáles son las características que debe tener un docente para ser digno de ser llamado Maestro.

Maestro, una palabra hoy en día tan trivializada, que brota de los labios sin la menor conciencia de su significado, maestro, del latín *magistrum*: mayor, el más grande, superior.

Considero que para poder tener mayor claridad de lo que es ser maestro tendremos que entender los signos de los tiempos y conjugar los conceptos de los clásicos que anteponen un sentido humanístico como el pivote central de su personalidad, con la rígida formación científica que surge con el advenimiento de la medicina moderna y que sufre una metamorfosis constante ante los avances vertiginosos de la ciencia.

Este artículo debe citarse como

Campos-Macías P. Ser maestro hoy ¿un reto no asumido? Dermatol Rev Mex 2014;58:317-321.

Humanismo y ciencia, ciencia y humanismo, características fundamentales y afortunadamente no excluyentes, pero que por sí solas no podrán ser contundentes si no se logra integrar la vocación de enseñar; ya lo decía en su tiempo Marco Tulio Cicerón: “*una cosa es saber y otra saber enseñar*”. No se trata sólo de situarse en el estrado ante un grupo de alumnos, hay que entender los tiempos y sus nuevas exigencias tanto en la práctica de la medicina como de los modelos pedagógicos que surgen como necesidad imperiosa para responder a los nuevos retos que se generan en una sociedad comandada por la globalización y la informática en donde se han modificado las formas de transmitir y relacionarse; una sociedad en la que se han generado individuos posmodernos, nuestros alumnos, también denominados “hijos de la globalización” o “nativos digitales”.

El alumno de hoy se encuentra en un entorno que influye de forma diferente en la estructura de su individuación, así como en sus actitudes, conductas y sistemas de creencias y valores. Sería iluso pretender que los alumnos sean como nosotros, aunque en ocasiones tengamos la tendencia a idealizar las actitudes del profesor o a ensalzar épocas o situaciones del pasado (“todo tiempo pasado fue mejor”). Cada época tiene características favorables y desfavorables que se evidencian en el desarrollo de los individuos que la enfrentan. Es probable que cuando cuestionamos la conducta o las dificultades de nuestros alumnos, no consideremos el entorno que nosotros mismos vivimos; por el contrario, nos concentramos en el ideal, en lo que ‘debería ser’, en el prototipo del buen alumno o, peor aún, en el comportamiento de los estudiantes de nuestros tiempos.

La relación docente-alumno desarrollada anteriormente ha perdido vigencia; era una relación vertical, en la que el docente custodiaba la verdad y ejercía una transmisión unidireccional de conocimientos, tenía a un profesor como

dueño de la información; información que, por otro lado, era muy limitada en contenidos, los conocimientos que tenía un médico al terminar sus estudios poco se modificaban durante su ejercicio profesional y sus libros de estudiantes seguían vigentes al paso de los años; hoy los avances de la medicina son tan vertiginosos que obligan a un estudio de todos los días, so pena de avanzar en ignorancia hasta ser un peligro social. Los libros persisten como base fundamental para consulta, pero los avances de todos los días hay que buscarlos en las revistas publicadas apenas el día de ayer o en esa gran plataforma virtual de información cibernética.

Si el maestro quiere mantener su calidad educativa y potenciar a sus alumnos como individuos y profesionales debe asumir esta nueva realidad, debe analizar sus características con el propósito de comprenderlos y adaptarse como docente a este nuevo contexto, asumiendo los cambios pertinentes para poder impulsar un desarrollo integral que les permita insertarse con éxito en un mundo cambiante y ser los gestores de una mejor *praxis* médica.

El maestro tiene que modificar sus estrategias y entender que el objetivo final a conseguir con los alumnos hoy día durante su estancia en las aulas sea que *aprendan a aprender*, permitir y favorecer que el alumno colabore como ente activo en la construcción del conocimiento y en la ejecución de su propio aprendizaje, estructurando un programa de competencias que permitan el desarrollo de mentes flexibles a los cambios veloces y a los factores de inestabilidad, adquiriendo habilidades y destrezas que les permitan comprender, analizar, evaluar y aplicar sus conocimientos en su práctica médica profesional de todos los días.

Y es que *aprender a aprender* implica muchas capacidades y destrezas: analizar y sintetizar, razonar con lógica, deducir e inferir, relacionar,

ordenar, plantear y resolver problemas, ponderar argumentos, descubrir otros enfoques, intuir, prever consecuencias, comunicar con claridad y otras varias destrezas de la mente que los clásicos llamaban enseñar a pensar, sin pasar por alto la función esencial de la memoria en el desarrollo del pensamiento y el papel del método científico para disciplinar la mente. Hay que promover en su formación tener la capacidad de asimilar métodos, de imaginar soluciones diferentes, de asumir riesgos calculados, así como de trabajar en equipo y resolver conflictos. En este contexto Pablo Latapí Sarré, uno de los más grandes pedagogos mexicanos, insiste en *“Que los alumnos aprendan a disfrutar el conocimiento”*, meta educativa que pocas veces, por no decir que ninguna, consideramos en la conformación de nuestros programas académicos.

Los docentes tenemos que cuestionar y analizar qué estamos haciendo al respecto, si comprendemos la esencia de nuestros alumnos, si nos preocupamos por actualizarnos en las nuevas aplicaciones tecnológicas y en las estrategias educativas, y si asumimos el aprendizaje como un proceso constante y conjunto entre alumnos y docentes, y es que *“el enseñar no existe sin el aprender”*. Si no damos este paso decisivo favoreceremos la creación de brechas generacionales, como bien dice el dramaturgo y poeta alemán Bertolt Brecht: *“La crisis se produce cuando lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer...”*

Es, pues, una faceta esencial de todo maestro una actitud científica que conlleve una actualización médica y pedagógica continua, pero su personalidad quedaría truncada si no se complementa con un *espíritu humanista* que establezca una actitud congruente de lo que debería ser el principio y fundamento de toda actividad médica, un medio de servicio a un semejante doliente inserto en una realidad determinada, faceta que dignificando la medicina establecerá su

diferencia con los que son capaces de establecer diagnósticos y tratamiento correctos, tanto como lo pudiera hacer en el futuro una computadora a la que se alimenta con los síntomas y signos de un paciente.

Paulo Freire, personaje nacido en la cuna de una familia muy humilde de Recife, Brasil, y que llegaría con el tiempo a ser considerado por muchos estudiosos el pedagogo más importante del siglo XX, menciona: *“La lectura del mundo precede a la lectura de la palabra”*, y es que sólo podremos tener una comprensión real del problema humano que se encierra en cada caso clínico si podemos hacer una lectura de su realidad integral, social, económica, cultural, religiosa, etc.

El Maestro Chávez nos refiere que el humanismo no es meramente un lujo y refinamiento de estudiosos que tienen tiempo para gastarlo en frivolidades disfrazadas de satisfacciones espirituales. Humanismo quiere decir *cultura, comprensión* del hombre en sus aspiraciones y miserias, *valoración* de lo que es bueno, lo que es bello y lo que es justo en la vida. La ciencia nos hace fuertes, pero la cultura nos hace mejores y es en este sentido que el maestro trata de sumergir a sus discípulos en el mundo en que viven, haciéndolos sentir no como extraños y simples espectadores de la realidad social que los rodea, sino como una energía creadora de su tiempo, porque no se concibe la cultura en divorcio con la vida misma ni un humanismo genuino que se desinterese con los problemas del hombre. Es en ese afán del entendimiento del hombre que detectaremos en el maestro el pulimento de su espíritu mediante la lectura de obras clásicas, el amor de la belleza –palabra, música o plástica– y la reflexión de los temas eternos de la conducta –el deber, el amor, el bien– formas todas de sublimar el alma frente a la dura realidad del vivir.

Pablo Latapí nos dice: *Siempre hay que valorar lo “formativo” por encima de lo “informativo” en la educación, después de todo, lo informativo frecuentemente lo hacen solos y con gran rapidez.*

El maestro promoverá que la formación científica y humanística queden integradas en el alumno dentro de un marco de compromiso y responsabilidad social, con la conciencia del deber que tenemos de ser los mejores en nuestra profesión, de entender que la comprensión del sufrimiento no será suficiente si no podemos brindar los mejores recursos que hay en la medicina, ¡la obligación ética de estudiar!, y es que la ética médica radica ahí justamente, en prestar al enfermo el mejor servicio que la medicina ofrezca, en responder a la confianza del enfermo que se entrega con los elementos más eficaces que la medicina tenga.

Arturo Graf, poeta italiano de ascendencia alemana del siglo XIX, refiere: *“Excelente maestro es aquel que enseñando hace nacer en el alumno un gran deseo de aprender”.*

Y la mejor manera de enseñar de un Maestro es con el ejemplo, que esa conjunción de ciencia, humanismo y vocación educativa sean un testimonio de vida que vaya de las aulas a su ejercicio médico frente al paciente, a sus actividades de investigación o a sus actividades médico-administrativas.

El verdadero maestro trasciende con sus enseñanzas y su testimonio de vida los muros de las aulas y las instituciones, los espacios y los tiempos.

Domingo Faustino Sarmiento, docente y escritor argentino del siglo XIX, señala atinadamente: *“Los discípulos son la mejor biografía del Maestro”.*

Y es que como menciona Rubém Alves, psicoanalista, filósofo, escritor y educador brasileño:

“Enseñar es un ejercicio de inmortalidad. De alguna manera el Maestro continúa viviendo en aquellos ojos que aprendieron a ver el mundo a través de la magia de sus palabras. De esta manera el Maestro no muere jamás”.

Raúl Arreola Cortés, profesor y filósofo michoacano, refiere que: *“Su desaparición física es irrelevante, dado que lo esencial de su alma, lo mejor de su espíritu, los dones de su obra son ya del dominio universal”.*

Quisiera culminar las reflexiones emitidas con la definición más bella que he leído de lo que es ser Maestro, emitida por Ignacio Chávez un 15 de mayo de 1965, cuando siendo Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México pronunció un discurso con motivo de la celebración del día del Maestro:

“Ser maestro significa no sólo poseer un tesoro del saber. Sino estar dispuesto a compartirlo. Caminar por la vida con la avidez de un estudioso, que busca la verdad, pero también con el gesto del sembrador que lanza, a mano abierta, su grano. Tener la altura intelectual propia del que enseña y a la vez el pulimento moral que se requiere para enseñar con el ejemplo. Hacer que quepan juntas en el alma la ambición del subir más y la generosidad de guiar e impulsar a sus discípulos y de gozar con su triunfo”.

Después de estas reflexiones creo que podemos vislumbrar claramente las diferencias entre ser un excelente profesor y ser merecedor de ser dignamente llamado Maestro:

“Un profesor es el que te enseña, un maestro es del que aprendes”.

Puedo continuar mi camino con la conciencia de que en mi proceso de formación he tenido buenos profesores, pero también el privilegio de

tener verdaderos maestros que con su ejemplo de vida han significado para mí un paradigma a seguir, a algunos he tenido la oportunidad de conocerlos físicamente, a otros sólo a través de sus enseñanzas, ya del dominio universal; no son demasiados por cierto, y tengo la convicción que quien considere que no ha tenido un maestro que realmente haya impactado su formación es porque no ha tenido ojos para mirar ni oídos para escuchar.

BIBLIOGRAFÍA

1. Chávez I. Ignacio Chávez, Discursos y conferencias. 1ª ed. México: Editorial Médica Panamericana, 1997.
2. Latapí P. Finale Prestissimo. 1ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2009.
3. Freire P. Cartas a quien pretende enseñar. 1ª ed. 2ª reimp. Buenos Aires: XXI editores Argentina, 2004.
4. Alfaro T. Desafío docente: El alumno posmoderno. Revista Digital de Investigación en Docencia Universitaria. 2011;5.
5. Díez R. La enseñanza de la medicina en nuestros días. Ars Médica. Revista de Humanidades 2007;1:69-68.